

Huidobro y Neruda: Final

Por Eduardo Anguita

A estas alturas, y estando los dos protagonistas de una querrela literaria ya muertos, quiero hacer algo porque se siga oíendo la disputa entre los poetas chilenos de mayor gravitación en la lírica hispana.

Dejo, pues, expresamente fuera cómo comenzó, cómo se desarrolló y cuánto de malentendido e indignación vasos empujaron de tan corrosiva coyuntura. Hasta en España misma, que estaba en guerra civil, Huidobro y Neruda lograron dividir a los escritores peninsulares y extranjeros que batallaban por la misma causa. No fue la causa política la que los dividió, fue la querrela Huidobro - Neruda, de origen literario, y que, al parecer, inició Huidobro entre los años 33 y 35. Pero de esto no voy a hablar; quiero poner esta ante el servicio de la conciliación - y con mayor empeño por ser póstuma - entre nuestros dos excepcionales poetas.

El primer paso hacia "el armisticio", cuentan que lo dio Huidobro poco antes de morir; debe de haber sido por el año 47, ya que falleció el 3 de enero del 48. Puro que Neruda se negó a la reconciliación. Pero en 1968 publicó en la revista "Revista" del 7 de febrero una conmovedora "Búsqueda de Vicente Huidobro", entre cuyas líneas sobresalen muchas que es conveniente reproducir aquí: "... Lo que más me sorprende en su obra reciente es su dualidad. Este poeta,

literario que siguió todas las modas de una época emancipada y que se propuso desde la solemnidad de la naturaleza, dejó pasar a través de su poesía un constante canto de agua, un rumor de aire y hojas y una grave humanidad que se apodera por completo de sus sencillos y últimos poemas. Desde los encañados artificios de su poesía afrancesada hasta las poderosas fuerzas de sus versos fundamentales, hay en Huidobro la lucha entre el juego y el fuego, entre la evasión y la inmolación. (...) Considero a Huidobro como un poeta clásico de nuestro idioma, y me empuja una corriente inabarcable de claridad. No hay poesía tan clara como la poesía de Vicente Huidobro. (...) Mucha nos debe preocupar que un poeta de su dimensión y de su calidad se añada en el patrimonio nacional. Yo he propuesto un monumento para él, junto a Rubén Darío, pero nuestros gobiernos son puros en erigir estatuas a los creadores y poetas en monumentos sin sentido".

Pero lo más notable es el final de esta querrela: la reconciliación sin reserva. Es doblemente póstuma, pues aparece a 36 años de muerto Huidobro y a un año de fallecido Neruda. Este debe de haber escrito lo que escribió, probablemente ya en su lecho de enfermo. Se titula "Vicente Huidobro" y apareció como postumo a una edición de textos franceses de Huidobro que recopiló el poeta belga Fernand

Verhaesen (De Citoyen de l'oubli: "El Ciudadano del Olvido" y otros textos de Huidobro. Editions Saint-Germain des Prés, París, 1974).

Dice así este Prólogo que será memorable en la historia de la poesía chilena. Al fin vemos resucitados a los amigos que tan denostadamente ofendieron de contenedores.

Vicente Huidobro

"Ver a Vicente Huidobro desde Bruselas, con Plaza Mayor, con Santa Gúdula, entre el herbario de la poesía francesa y flamenca, es otra cosa que verlo desde Chile, su patria antártica, aislada de todos los mundos por cordilleras y océanos. Para nosotros Huidobro es parte del folaje, del crecimiento. Para nosotros, chilenos, Huidobro es acercamiento, relación, viaje. Huidobro, como Rubén Darío antes, es un importador de tendencias, de construcciones, de fragancias compuestas en el fuego central de la Europa de la primera guerra mundial. Apollinaire, Juan Gris y el cubismo, el Ballet Russe, desatan una nueva rosa de los vientos y nuestro Huidobro es el primer americano que mira al viento va la flecha, siente crecer la rosa en sus propias manos. No digo en su corazón: Huidobro es un artesano, arquitecto del castillo en el aire, edificio competido en la aquilina. Su mundo mágico tiene la insistencia y el

movimiento de una repetición manual; su destreza es la del marfileño malabarista: sus relampagos son producidos por un ejercicio vacuoloso: suena la interrupción. Rubén Darío, sin dejar de ser un americano fundamental, un indio melancólico, nos abrió las puertas del gran modernismo: trajo a América la suave centela de Verlaine y alcanzó a enfrentarnos al cóctail de Laforgue y al milido de Lautréamont. Vicente Huidobro se sacó de la elegancia cubista y alcanzó a dritar, dentro de su humanismo interplanetario, la cubística surrealista que iba a estar hasta ahora sobre el océano Atlántico, como las aguas Gotaesque. (...) Parte considerable de esta voz, de este luminoso castillo levantado en nuestras sociedades, es el canto creador, inventivo, juguetón y fantástico de Vicente Huidobro. Este juego sostenido, que como un surtidor al parecer inagotable alza en su torre de cristal, un círculo de esplendor y de alegría, es la obra del poeta chileno que es hoy llamado por la antigua y nueva cultura de Bélgica en esta edición. Con placer y con honor he escrito estas palabras para festejar este acontecimiento, agradecerlo a los poetas belgas, y saludar la memoria de mi congenero desaparecido cuando se levanta, esta vez muy lejos de Chile, el resplandor de su poesía" (Pablo Neruda).

Noble y ejemplar final, que ahora, con seguridad, a todos los chilenos, y más a los escritores, nos debe llevar de emoción y pureza.

Huidobro y Neruda: final [artículo] Eduardo Anguita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Anguita, Eduardo, 1914-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Huidobro y Neruda: final [artículo] Eduardo Anguita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile